

La guerra y la defensa: el precio de la paz

AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES*

Una vez más acudo a la llamada de D. Julián Marías para participar en el nuevo curso de FUNDES en el que, bajo el lema de Cambio de siglo, se pretende lanzar una ojeada hacia el rumbo y figura que pueden tomar los problemas a partir de hoy, correspondiéndome a mí analizar el tema de la defensa, empresa ciertamente complicada porque, para asegurar su eficacia, no sólo hay que prever el futuro sino también el “futuro del futuro”, so pena de vernos desbordados por los acontecimientos. Algo no debe estar funcionando en el momento actual en el campo de la predicción, precisamente cuando la prospectiva se ha elevado a la categoría de ciencia y se le está dedicando esfuerzos materiales e intelectuales sin precedentes y, sin embargo, nos vemos sorprendidos con excesiva frecuencia por acontecimientos imprevistos de gran trascendencia, y muy especialmente en las áreas económica y de defensa. Creo que para tener un aceptable grado de acierto en los pronósticos, es siempre preciso conocer el pasado y tomar conciencia del presente para, desde estas bases, proyectarnos hacia el futuro.

* Teniente General del Ejército de Tierra.

El cambio de siglo parecía fecha oportuna para acometer el cambio de actitud que se precisa para rellenar el vacío que han producido el desplome de las dos grandes ideologías que han presidido a la humanidad durante el pasado siglo: desplome casi total del marxismo-leninismo, y muy acusado el del capitalismo liberal. Sólo un cambio fuerte de mentalidad puede producir un cambio global, un cambio múltiple que ha de extenderse a muchos sectores, incluido entre ellos el de defensa y seguridad. Y parece claro que el relleno del citado vacío sólo puede hacerse con otra ideología fuerte que cale y arrastre al hombre, ideología que no ha de ser excluyente sino, por el contrario, respetuosa con otras existentes. El 11 de Septiembre puede haber avivado esta necesidad. La solución puede estar en la vuelta a la raíz que ha alimentado el desarrollo cultural de nuestra civilización, el humanismo cristiano, depurándolo y despojándolo de los fariseísmos y conveniencias particulares que tanto lo han desvirtuado y tanto daño le han causado a lo largo de la Historia. Quisiera ser optimista y pensar que estamos en los umbrales del deseado cambio de mentalidad y no en un simple lavado de imagen, en un “algo tiene que cambiar para que todo siga igual”, parafraseando a Lampedusa en El gatopardo.

Es imprescindible que sepamos qué es lo que queremos defender y hasta qué punto estamos dispuestos a hacerlo, para desde ahí pasar al cómo llevarlo a cabo. En el qué encontraremos un consenso casi universal en la palabra “paz”, quizás la más pronunciada en los foros internacionales que, unánimemente, la reconocen como el objetivo permanente al que aspira la humanidad, la paz permanente propuesta por Kant y que, sin embargo tan seriamente se encuentra amenazada, despreciada y violada en muchos lugares del planeta; posiblemente, siempre haya sido así pero ahora, en este mundo globalizado, lo sabemos y ya no podemos escudarnos en la ignorancia para justificar nuestra inacción. Y quizás haya también un consenso casi universal en la idea de que la paz no es sólo la ausencia de conflictos armados, de guerras. No habrá verdadera paz sin el ejercicio garantizado del pluralismo político, de la justicia y de la libertad. En la defensa de estos valores, que posibilitan el desarrollo de la dignidad del ser humano, ha de basarse el sistema de seguridad y he empleado intencionadamente el término “dignidad” y no el de “derechos” porque me parece mucho más completo, al incluir el ejercicio de los derechos y también el de deberes del ser humano, concepto este último que parece olvidado en demasiadas ocasiones por nuestra sociedad.

El 11 de Septiembre ha convulsionado a la humanidad y, muy especialmente, al bloque occidental. Sus fronteras han dejado de ser inviolables y resultan permeables para el terrorismo y el crimen organizado. Los riesgos y amenazas que, a nivel nacional y de alianzas, claramente señalaban los órganos superiores de defensa en sus revisiones periódicas de la situación estratégica, pasan a ser creíbles. El alto grado de seguridad alcanzado queda de nuevo cuestionado, y en la mentalidad de una importante mayoría se produce el clásico “pendulazo”, al que tan propensos somos los seres humanos, y junto a la desazón surge también la necesidad de una reflexión profunda sobre el origen de los males. Quizás el mayor homenaje que podamos rendir a los miles de muertos de Nueva York y Washington sea un cambio de actitud que nos lleve a enfrentarnos con las raíces de los problemas que agobian a millones de seres humanos y no nos contentemos con simplemente neutralizar sus efectos.

Repasemos ahora brevemente cómo ha evolucionado en el último período el sentido de la defensa. Parece ya pasado definitivamente el tiempo en el que, para afirmar las identidades nacionales y desarrollar su potencia, parecía precisa la expansión territorial, el alcanzar nuevas fronteras. Nos

recuerdan Ratzel y Haushofer que el Estado/Nación era un ser vivo que, para no perecer, necesitaba expandirse, proyectar su cultura y religión hacia nuevos territorios que tenía que dominar, bien incorporándolos a su patrimonio o bien protegiéndolos bajo su manto, lo que daba lugar a las guerras de anexión o a las guerras colonialistas. La guerra como continuación de la política por otros medios, según la conocida definición de Clausewitz, se llegó a considerar durante siglos inevitable e incluso necesaria y capaz de producir beneficios a su conclusión, entre ellos la paz, inalcanzable por otros métodos

La Caída del Muro de Berlín y el derrumbe del entramado marxista-leninista supuso el fin de la angustia de la amenaza nuclear y el inicio de la era de la “globalización”, presidida por una potencia hegemónica indiscutible, los EEUU, y con una ONU revitalizada en cuyo seno habían de encontrar solución los muchos problemas pendientes. El escenario geoestratégico, siempre dotado de cierta estabilidad porque estable es la geografía, se revoluciona y con él la ciencia a la que sirve de base, la geopolítica. Parecen definitivamente apaciguadas las ambiciones de expansión territorial, sin que ello signifique que las potencias renuncien a sus aspiraciones de dominio, que orientan hacia el área económica, seguramente la forma mas eficaz de lograr el sometimiento de otros sin necesidad del empleo de las armas.

El concepto de defensa, al no ceñirse exclusivamente a la protección de territorios, se había quedado corto, dando paso al de seguridad, concepto mucho más amplio orientado a asegurar el desarrollo de la forma en la que quiere vivir una sociedad. Y aunque esa forma nunca se definió ni materializó en un orden jurídico superior que encauzara comportamientos, se aceptaron dos premisas básicas: Primera, que la seguridad sólo se podía alcanzar en forma compartida, lo que implicaba una cierta cesión de soberanía por parte de las naciones en beneficio de un órgano o estamento superior, cuyas competencias no se acababan de rellenar; y segunda, que había que acudir, también en forma compartida, a controlar las crisis y a sofocar los conflictos (término que edulcora el de “guerra”) que se extendían por muchas partes del planeta. Ello implicaba articular un sistema que permitiera, por un lado, dar legitimidad a las acciones que había que emprender y, por otro, conformar una estructura flexible en la que encajasen las fuerzas multinacionales que las habían de desarrollar, (en principio, y aun a costa de eficacia, mejor cuantos más países participasen para demostrar solidaridad).

Se consagran así las operaciones de paz en sus tres principales modalidades: Ayuda humanitaria, interposición entre bandos y vigilancia de acuerdos, e imposición de la paz, operaciones donde por primera vez desde la II Guerra Mundial vuelven a colaborar rusos y americanos, operaciones que tranquilizan conciencias porque, sin realmente resolverlos, calman conflictos que parecían interminables y en los que los muertos y las violaciones de los más elementales derechos del ser humano alcanzaban cifras abrumadoras. (Por ejemplo, 260.000 muertos sólo en la guerra de Bosnia-Herzegovina, casi un millón en los Grandes Lagos, más de 15 millones de desplazados/refugiados en la actualidad, según cifras de ACNUR). Por otra parte, las bajas propias, las de las fuerzas pacificadoras, son escasas y aceptadas por la sociedad.

El 11 de Septiembre tiene necesariamente que suponer un revulsivo para orientar definitivamente nuestro sistema de seguridad a la defensa de valores, que no se pueden encerrar en fronteras. Allí donde estén amenazados, por lejano que sea el lugar, empezamos todos a estar amenazados de alguna forma, individual o colectivamente. Según datos oficiales, hay en estos momentos reconocidos 34 conflictos en marcha. Estamos ante un nuevo tipo de guerras de los que debemos

tomar conciencia, porque son muy complejas y de difícil solución, las nuevas guerras, que Mary Kaldor (miembro de la Comisión Internacional Investigadora de la crisis de Kosovo) define como violencia organizada, mezcla de guerra, terrorismo y violación de derechos humanos a gran escala.

El origen de todos estos conflictos los podemos encontrar en dos causas fundamentales: La falta de previsión en la sustitución de las estructuras que caían, y en la brecha norte/sur. Las analizaré por separado:

A) Con respecto a la primera, la citada imprevisión, unida a un anticipado triunfalismo, repercute en todos los continentes:

- En Europa, el desplome de la estructura marxista de la URSS y países adyacentes, propicia el resurgimiento de adormecidos nacionalismos y de grupos étnicos/religiosos que exigen espacios propios que no respetan las fronteras establecidas, y que aspiran a desgajarse de la nación madre que los cobijó. Los Balcanes y Chechenia son los ejemplos más claros.

- En África, la estructura colonialista dominada por Europa se quiso sustituir por otro tipo de colonialismo, el dominio económico, y por la implantación apresurada de regímenes democráticos donde no se daban las condiciones mínimas para su desarrollo y que, lejos de apaciguar el continente, provocan la explosión de luchas tribales, luchas étnicas que se autoalimentan con el odio que crean. Ruanda (hutus y tutsis), Sierra Leona y un largo etcétera confirman este enunciado.

- En el caso del islamismo, extendido por África, Asia y Oceanía, Occidente lo desatendió y pareció sólo preocupado por el control de materias primas. No quiso ver, hasta que quizás fue demasiado tarde, que se estaban dando todas las condiciones que propiciaban el resurgir de intransigentes y sangrientos integristas que pretenden reinstaurar la pureza perdida de su religión y que, sorprendentemente, prenden en las masas desengañadas y se extienden con inusitada rapidez. Precisan para su consolidación la eliminación de los practicantes impuros que han traicionado sus creencias, y la derrota de los infieles que les han protegido. Prototipos de este apartado pueden ser Irán, Irak, Afganistán y Libia, sin olvidar la amenaza que pende sobre Argelia y Pakistán y el muy peligroso integrismo que se extiende por Filipinas e Indonesia.

- En Centro y Sudamérica, la rebelión contra otra de las formas de colonialismo impuestas, el capitalismo neoliberal, provoca las guerras de liberación revolucionarias, con un foco activo y nunca apagado en Cuba.

- La forma artificial e impuesta en la que fue montado el Estado de Israel, origina ese polvorín del Oriente Próximo, siempre a punto de estallar.

B) Con respecto a la segunda, en la brecha Norte/Sur, en el creciente desequilibrio en la repartición de la riqueza entre un bloque minoritario privilegiado y otro, muy numeroso, casi desesperado, encontramos la otra gran causa, quizás la principal, origen de muchos conflictos, la causa que propicia las emigraciones masivas incontroladas y fomenta el racismo, la que puede justificar el terrorismo, la que ampara a mafias internacionales que controlan el crimen organizado, el tráfico de drogas y armas... Sólo si llegamos a comprender lo intolerable de esta situación y la necesidad de corregirla, aunque ello signifique disminuir nuestro nivel de bienestar, podremos encontrar una solución que, sin duda, precisará tiempo, mucho tiempo, pero que es alcanzable si creemos en ella,

si comprendemos que el precio de la paz exige esfuerzos y sacrificios en el día a día, y no sólo en situaciones heroicas.

Quiero ahora repasar las características de las guerras que se han sostenido hasta hace muy poco, para marcar sus diferencias con los conflictos actuales y entender bien a lo que nos enfrentamos. Hasta el siglo XX, las guerras se originan y desarrollan entre estados, aislados o apoyados por coaliciones. Predomina el concepto de “guerra total” que, siguiendo de nuevo a Clausewitz, es un acto social violento destinado a obligar al adversario a doblegarse a nuestra voluntad, ejecutado por un Estado en beneficio de sus intereses que no puede conseguir por otros medios, Estado que, a través de sus Ejércitos permanentes, monopoliza la violencia “legítima”. (Recordemos que la creación de los Ejércitos permanentes ha sido una constante histórica en respuesta a revoluciones: La religiosa de Cromwell trajo el Nuevo Ejército inglés, 1ª fuerza profesional; la francesa dio paso al Ejército-Nación que completa Napoleón; la rusa origina el Ejército Rojo...). La guerra se desarrolla en tres niveles: el del Estado (la razón de Estado), el de los Ejércitos (la estrategia de los Generales) y el del pueblo, que pone la emoción y la pasión necesarias para alimentar la guerra y cuyo concurso es imprescindible. Por ello, los Estados contendientes tratan de atraerlo a su bando. Los choques son entre Ejércitos y los objetivos, en su inmensa mayoría, puramente militares.

Muy pronto se sintió la necesidad de humanizar las guerras, de regular y legitimar la actividad bélica, preocupación por la “guerra justa” que ya habían manifestado S. Agustín y Sto. Tomas y que profundiza Francisco de Vitoria al trazar los principios del derecho de ir a la guerra (*ius ad bellum*) y de la forma de conducirla (*ius in bello*). Surgen así las leyes de guerra, iniciadas en el 1856 con la Declaración de París, que regula el comercio marítimo en tiempos de conflicto; la Convención de Ginebra (1864) sobre derechos de prisioneros, reeditada y mejorada en 1948; las Conferencias de La Haya y Londres..., todas encaminadas a definir lo que constituye la guerra “legítima”, y a limitar en todos los escenarios el uso de la fuerza para dejar en lo posible “tranquila” a la población civil, siempre que lo permitan las necesidades militares.

El siglo XX supone la consagración de las “guerras totales”. Es preciso movilizar todas las energías necesarias para doblegar al enemigo. En la guerra se integra a toda la sociedad a la que se llena de carga emocional, de patriotismo. Se predica la guerra “heroica”, se plantea la lucha del bien contra el mal, la victoria merece todo sacrificio.

En la I Guerra Mundial se trata de mantener el principio de respeto a la población civil; las bajas, tremendas en cantidad, se producen en su inmensa mayoría en los frentes de combate. Terminado el conflicto, el Pacto Briand-Kellog (1928), sancionado en la Sociedad de Naciones, rechaza la guerra como instrumento político, salvo en el caso de “defensa propia”, doctrina que se va a prolongar hasta nuestros días y que supuso la base para los procesos de Nüremberg y Tokio. (Alemania y Japón fueron inicialmente juzgados por iniciar agresivamente la guerra, y no en defensa propia).

La II Guerra Mundial rompe definitivamente el respeto a la población civil. Para aniquilar a las fuerzas enemigas hay que socavar la moral del pueblo que las apoya. La población civil es directa y violentamente atacada y pasa a convertirse en un objetivo “legítimo” (bombardeos de Londres, Desden, Hamburgo, Hiroshima y Nagasaki...). Con todo, se trata de separar claramente lo que es la “necesaria destrucción de la moral enemiga” del “genocidio”. Kolko nos dirá que la guerra siempre la inicia un puñado de dirigentes con ceguera sancionada por la sociedad de su nación,

sanción que es más difícil que se produzca en los sistemas democráticos, que constituyen en sí una garantía de paz. La II Guerra Mundial y su prolongación, la “Guerra Fría”, pusieron de manifiesto que el Estado/Nación no puede llevar a cabo la guerra de forma unilateral. Se precisan las Alianzas que, posteriormente, son elevadas a la categoría de “Bloques”.

Veamos ahora como son los conflictos actuales, cualquiera que sea el nombre que les queramos poner (de baja intensidad, insurgencias, de guerrillas, revolucionarias, movimientos de liberación, etc.), marcando algunos factores que son comunes a la mayor parte de ellos y que voy a concretar en 10:

1º. Prácticamente han desaparecidos los choques entre los Estados/Nación, con declaraciones formales de guerra. Con unas pocas excepciones que confirman la regla, desde 1945 las guerras son conflictos internos de una colectividad que, al incrementar en violencia, parecer inacabables y amenazar con extenderse a otras regiones, obligan a una intervención externa que se lleva a cabo por una Alianza o una fuerza multinacional creada ad hoc. Las guerras de Korea, Vietnam, la rusa de Afganistán, los Balcanes y tantas otras acaecidas en los cinco continentes, e incluso con ciertas matizaciones la guerra del Golfo, responden al tipo de conflictos que tienen su origen en choques internos.

Las excepciones a que me refiero (las tres guerras de India/Pakistán, los choques Grecia/Turquía, y la guerra Irán/Irak) se han desarrollado bajo una forma de “supervisión internacional” que trataba de controlar su extensión en espacio, tiempo y violencia, para que no escapasen de unos límites que se creían controlables. La guerra Irán/Irak fue alimentada por los dos bloques antagónicos (Occidente y la URSS), prolongándose innecesariamente; los dos países contendientes se llegaron a convencer de la imposibilidad de la victoria e, interiormente, deseaban el alto el fuego.

El conflicto árabe/israelí merece una consideración aparte. Aparte de sus tres grandes estallidos, guerra inicial de independencia, la de los 6 días y la del Yon Kipur, es una lucha permanente entre un Estado, montado como he señalado sobre bases artificiales e impuestas, y algo que no podemos llegar a llamar coalición (por las discrepancias irresolubles entre los países que la componen) que tiene su punta de lanza en el sacrificado pueblo palestino. Se desarrolla también bajo supervisión internacional que alimenta a ambos bandos (USA/Israel, Islam/palestinos), con el peligro, cada vez más próximo, de que escape a su control y precise de una intervención de superior escala a las que hemos conocido.

En síntesis, no se ha producido el temido choque de civilizaciones por las líneas de fractura que señalaba Huntington, y sí en parte los choques por las líneas de fractura internas que apuntaba Friedman. Mi predicción es que, salvo en caso de una ceguera total en los dirigentes mundiales, no se llegará al gran choque pero, por desgracia, continuaremos contemplando estallidos violentos de origen interno que precisarán de la intervención externa porque no parece cercana la fecha en que se erradiquen las causas que los provocan.

2º. Se están desarrollando, y con probabilidad seguirán, guerras asimétricas, con un teórico desproporcionado poderío entre la facción o bando que origina el conflicto y la coalición multinacional que lo apacigua. Y digo teórico porque, por ética e incluso por estética, esta última se

autolimita el empleo de sus medios, aunque la guerra del Golfo, Kosovo, y la todavía inconclusa de Afganistán, parezcan contradecir esta afirmación.

3°. Las limpiezas étnicas, por motivos raciales o religiosos, son una nueva arma de guerra. No se trata de someter al bando adversario sino de eliminarlo físicamente, bien por su aniquilación que llega al genocidio, bien por su expulsión del territorio y la destrucción de sus bienes para disuadirle de su regreso. Incluso no se llega a admitir la “conversión” del enemigo: en el caso religioso, porque su pasado no admite perdón; en el caso racial, porque se lleva una estricta política de identidades y es difícil ganarse la “etiqueta” que le permite integrarse en el bando opresor. Los desplazamientos a las zonas limítrofes, siempre de acusada pobreza, crean, casi de inmediato, el grave problema de las masas de refugiados que precisan de una inmediata ayuda humanitaria, no siempre eficaz al estar en demasiadas ocasiones controladas por mafias que dificultan enormemente las acciones de los Gobiernos oficiales y de las ONGs.

4°. El terrorismo, aunque cueste creerlo, ha pasado a ser justificado por una parte importante de la población mundial como la única arma posible del débil contra el poderoso, el único medio que, a través de la imposición del miedo por el crimen indiscriminado, puede hacer tambalearse a una sociedad dominante. Este fenómeno de destrucción, hasta hace muy poco tiempo, parecía sólo preocupar a la colectividad que lo sufría; hoy parece universalizado y, por primera vez, se le ha declarado la guerra (con esta misma palabra) con todas sus consecuencias, a él y todo lo que le apoya. Como es de gran complejidad, será preciso saber conjugar todas las medidas necesarias para su erradicación, políticas, policiales, jurídicas, económicas y de empleo de la fuerza, con decisión pero también con mesura para que no disminuya el apoyo popular. Es fundamental la labor de la concienciación de la sociedad. Y es de resaltar que, también por vez primera, se habla sin rubor del papel de las Fuerzas Armadas en esta lucha, aunque siempre deban ser el último recurso, una vez agotados todos los demás.

5°. Los grandes crímenes señalados, limpiezas étnicas y terrorismo, no son sólo cometidos por unos dirigentes iluminados y un grupo afín; se trata de implicar en ellos a todo el pueblo que, alimentado en el odio e instruido en una memoria histórica falsificada, retrocede a etapas primitivas. Con su implicación, parece que ya no hay marcha atrás y se diluye la responsabilidad de violaciones y genocidios. Es significativo el giro radical que se ha producido en la clase de “bajas de guerra”: en la I Guerra Mundial, las bajas militares alcanzaban casi el 90% de las totales; en los conflictos actuales, ese es el porcentaje de las bajas civiles.

6°. La aparición de “nuevos guerreros” en el campo de batalla hace muy difícil la aplicación de las hasta ahora admitidas leyes de guerra. Las contiendas no se desarrollan entre Ejércitos regulares, soldados legítimos, sino que intervienen en gran proporción grupos paramilitares, masas militarizadas sin apenas instrucción, mercenarios y voluntarios revolucionarios, guerreros todos ellos de muy difícil control, indisciplinados, y en general sangrientos. Para la fuerza pacificadora es difícil discernir cuándo tiene enfrente a un prisionero de guerra o a un simple criminal. Y difícil es para esa fuerza asumir misiones mitad soldado, mitad policía.

7°. Ha hecho su aparición un nuevo sistema de financiación de las guerras basado en:

—El apoyo exterior de antiguos repatriados, de grupos simpatizantes o de naciones, por conveniencias políticas o económicas (¡qué grave error el considerar que el enemigo de mi enemigo es mi amigo!).

—La intervención de mafias internacionales que controlan el tráfico de armas y de drogas, y el blanqueo del dinero.

—Impuestos de guerra o revolucionarios, aceptados a cambio de protección o simplemente para sobrevivir.

—Saqueos, robos, extorsión y pillaje, ignorados o tolerados como parte de las campañas de limpieza.

—Renacimiento de la economía de “trueque”, consecuencia del desplome de la moneda nacional, controlado nuevamente por mafias.

—Ayuda humanitaria que trata los síntomas pero no las raíces del mal, que ciertamente alivia el sufrimiento de la población, pero también alimenta el conflicto, al no llegar a su destino una parte importante.

8°. Las características del campo de batalla han variado sustancialmente. En un pasado cercano, en unos pocos kilómetros se concentraban miles de combatientes que sentían el apoyo próximo. Hoy hay grandes espacios vacíos donde se mueven mandos de escalones inferiores que tienen que tomar decisiones, tácticas y relacionadas con la población civil, hasta hace muy poco reservadas a los mandos superiores. Además deben cribar un alud de información que les puede aturdir y que, en muchas ocasiones, no ayuda a disipar la “niebla de guerra” (nuevamente Clausewitz) en la que tienen que actuar. Es obvia la importancia de una sólida formación técnica y, sobre todo, moral en todos los Cuadros de Mando y Tropa.

9° y 10°. Por último, señalaré la aparición de dos nuevos actores en el escenario bélico:

—Las ONGs, múltiples y variadas, llenas de entusiasmo y generosidad, que cumplen una admirable función, pero en general poco dispuestas a someterse a las regulaciones que establecen las fuerzas pacificadoras.

—Los MCS, de labor fundamental para la moral del combatiente y para mantener vivo el imprescindible apoyo de la población en la metrópoli, cuyo entusiasmo inicial puede rápidamente decaer ante las bajas propias, errores en la acción o prolongación del conflicto. Estamos sin duda en la era de la información, pero lejos de la era del conocimiento, de la información digerida y asimilada.

Reservo la parte final de este trabajo para exponer mis conclusiones, también 10, sobre el nuevo fenómeno de guerras y conflictos que estamos viviendo y que previsiblemente seguiremos contemplando en el futuro próximo:

1ª. La erradicación de las causas que he señalado como origen de los conflictos precisa de un “orden nuevo”, que se concrete en un ordenamiento jurídico superior al que todos nos sometamos. La aspiración a un “orden cosmopolita”, tras el revulsivo del 11 de Septiembre, puede haber dejado de ser una utopía, porque además no significa la renuncia a nuestra propia identidad de Nación. Pienso que, paso a paso, veremos aparecer organismos supranacionales con poder de decisión, y muy especialmente en las áreas jurídica y de defensa y seguridad, aunque ello signifique cesión de una parte de soberanía. Algunos ya han aparecido. La Unión Europea puede ser el referente básico.

2ª. Necesidad de tomar conciencia de la complejidad de los problemas a resolver. El recurso al empleo de la fuerza ha de ser el último e ir siempre de la mano de acciones políticas, diplomáticas, económicas y jurídicas. Si es necesario recurrir a él, hay que ser resolutivos.

3ª. Es un hecho positivo la multinacionalidad en las fuerzas encargadas de resolver el conflicto por la demostración de solidaridad que significa, integrando en lo posible a naciones de raíz próxima a quienes originan el problema, aunque ello dificulta la eficacia en la acción. Hay que hacer un esfuerzo de homologación de procedimientos y sistemas, y muy especialmente los de mando, control y comunicaciones (transmisiones), para hacer posible la integración.

4ª. Se precisan naciones “líderes” que conduzcan y aglutinen el entramado. El liderazgo en el área de defensa sólo lo puede ejercer quien disponga de las capacidades de obtener información, de interpretarla, de los medios precisos para actuar en consecuencia, y de una estructura de fuerza flexible para adaptarla a la misión y proyectarla y sostenerla donde sea preciso. Y ese “donde sea” abarca todo el planeta.

Estados Unidos ejerce hoy ese liderazgo de forma indiscutible. La UE, por su potencial económico y cultural, debe cuando menos aspirar a compartirlo, a dejar de ser el gigante económico y el enano político y militar. No debe volver a repetirse su fracaso en los Balcanes que obligó de nuevo a la presencia americana. La PESC, proclamada en Maastrich y confirmada en Amberes, no pasa de ser una buena intención si no somos capaces de alcanzar la identidad europea de defensa, que no está reñida, sino que se complementa, con constituir el pilar europeo de la Alianza Atlántica. En este sentido, la anunciada creación del Cuerpo de Ejército de Reacción Rápida de la UE, con su posible Cuartel General en el Levante español, parece confirmar la decisión de aumentar el esfuerzo de defensa en esta orilla del atlántico, para no ir permanentemente a remolque del amigo americano.

Sin despreciar las teorías de Mackinder (el dominio del globo lo ejerce quien domine la “isla del mundo” que sitúa en la euro-Asia), la de Kaplan (ese dominio lo tendrá quien domine los océanos) y la de Douhet (lo traslada al espacio aéreo), me uno a los que piensan que la paz descansa sobre dos pilares: la estabilidad de la cuenca mediterránea y la solidez del espacio euroatlántico, de la alianza Europa-Estados Unidos, materializada en la NATO, y que debe proyectarse hacia Iberoamérica. En ambos casos España tiene mucho que decir.

5ª. La mejor forma de controlar una crisis es abortarla en sus comienzos. Hoy, en general, estamos llegando tarde. La oportunidad en el empleo o la simple presencia de la fuerza en el escenario del conflicto plantea dos problemas pendientes de solución:

a) Por un lado, las operaciones de paz no están explícitamente contempladas en la Carta de las Naciones Unidas, que sólo legitima el uso de la fuerza en defensa propia (Artº 51). Se ha tratado de legalizarlas como una ampliación del Capº VI, que otorga poderes a la ONU para la solución pacífica de los conflictos, combinado con el Capº VII, que le da poder para actuar frente a amenazas a la paz pero, al mismo tiempo, la Carta consagra la soberanía de las naciones y la no injerencia en sus asuntos internos. ¿Quién juzga la legalidad de una intervención previa? Nuevamente llegamos a la necesidad de un Tribunal Internacional Superior de Justicia, que ya empieza a dar sus primeros pasos, y a la potenciación del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, dándole mayor capacidad y rapidez de decisión.

b) Por otro lado, ¿cómo romper la tendencia a la timidez en la intervención inicial que, por la escasa entidad de la fuerza empleada, propicia sucesivas escaladas y una prolongación innecesaria del conflicto? El diseño de la fuerza resolutoria no está reñido con el principio de ser proporcionada a los fines a alcanzar, teniendo presente que la prolongación llega a legitimar a criminales y a los fines que persiguen, al sentarse con ellos en las mesas de negociaciones en busca de algún tipo de consenso, (los acuerdos de Dayton, por ejemplo, no difieren mucho de lo que inicialmente diseñaron serbios y croatas), y al no cortar de raíz la generación de odios, obligarán después a una prolongada y costosa presencia en la escena de la fuerza multinacional. (Sírvanos de ejemplo Bosnia y Kosovo).

6ª. Deben marcarse con claridad los objetivos a alcanzar y los límites en el uso de la fuerza (reglas de enfrentamiento o ROEs). La intervención, además de legal, ha de ser ética, lo que no está reñido con la firmeza en la actuación. No se pueden enviar fuerzas para limitarse a ser testigos de desmanes.

7ª. Es cada vez más necesaria la concienciación de la sociedad ante las acciones que se van a realizar, informándola con veracidad. Se está creando un, a mi juicio, falso concepto de “bajas cero” y guerras “quirúrgicas”, sin daños colaterales ni víctimas inocentes, que luego no se cumplen, por fallos humanos o de la técnica, que desconciertan y provocan una retirada progresiva del apoyo inicial. Posiblemente, el tipo de conflictos en los que se seguirá interviniendo no se pueden resolver desde 15.000 pies de altura, con todo mi respeto a la probada eficacia del poder aéreo. Para impedir las limpiezas étnicas y las luchas tribales y conseguir la eliminación de terroristas, además de en el aire, hay que estar en tierra y eso, inevitablemente, producirá bajas. Los MCS juegan aquí un papel trascendental, y el mantenerlos debidamente informados y concienciados es obligación ineludible de quienes conducen las operaciones, en los niveles político y militar.

8ª. Las FAS necesitan adaptarse a los nuevos tipos de misiones que se les asignan sin descuidar su capacidad para combatir en fuerza de gran entidad. Somos excesivamente dados a confundir deseos con realidad, a considerar como irreversibles procesos que todavía están en desarrollo. El Golfo fue un aviso y la existencia de países con un potencial bélico desproporcionado a su papel en la comunidad internacional, incluido arsenales nucleares y la posibilidad de empleo de medios bacteriológicos y químicos, constituyen una amenaza nunca despreciable.

Estados Unidos lidera la llamada Revolución en Asuntos Militares (RMA), que impulsa la investigación tecnológica y está destinada a dotar a sus FAS de las estructuras y medios necesarios

para enfrentarse a los problemas previsibles. Ello exige un esfuerzo económico importante. Europa no debería quedarse atrás y España, de acuerdo con su potencial, tampoco.

9ª. La formación técnica y humana, la formación moral de los Cuadros de Mando a todos los niveles y de la Tropa, cobra renovada importancia. Los defensores de valores no pueden ser simples máquinas de guerra.

10ª. Los problemas de defensa y seguridad deben preocupar a la sociedad en su conjunto, y no sólo a su componente militar. La creación de una conciencia nacional de defensa (uno de los objetivos prioritarios marcados por el Presidente del Gobierno en su Directiva que orienta la Política de Defensa) es una de las asignaturas pendientes en España, y nada tiene que ver con la “militarización” de la sociedad, que debe conocer cómo se defienden sus intereses y quiénes lo hacen, conocer bien a sus Fuerzas Armadas. Sólo así se les dotará de la dotación presupuestaria que precisan, de los medios materiales y humanos y, sobre todo, del imprescindible apoyo moral. La aspiración a dejar la Política de Defensa fuera de las luchas partidistas debe y puede convertirse en realidad. La paz exige el esfuerzo de todos, tiene un precio y hay que pagarlo en la seguridad de que es posible conseguirla.